



LA ERMITA DE LA VID.

—MASTICO ELEIZCHOA—

(LEYENDA VASCONGADA).

¡Qué blanca y qué linda se destacaba en la cumbre del verde monte la pequeña ermita de la vid!

Dos veces al año cuando en alegre romería acudía la gente á aquel lugar, los mozos al son de sus *chistus* ¹, de un violin ó de alguna gaita, las mozas en apretadas filas cogidas de la mano, saltando, coloradotas cual hermosas manzanas, y comenzaba el baile ó la merienda ó ambas cosas á la vez, aquella algazara, aquel regocijo natural y expansivo, sorprendían agradablemente al extraño que no conociera nuestras pacíficas costumbres.

El tamboril resonaba sin descanso y las ligeras piernas de los *ba-serritarras* movíanse en el aire haciendo geroglíficos y con los brazos escesivamente alzados parecían en esta actitud mas que bailarines pajarracos tendiendo el vuelo.

Pero ellos eran felices y se divertían con su baile y gozaban con la fiesta, sin que jamás reyerta ó pendencia de ningun género perturbara el buen órden.

Cuántos idilios, con cuánta verbosidad explicado el poema del amor en la lengua sentimental por escelencia!

Y qué cuadro de animacion y poesia!

El incesante movimiento de centenares de boinas de todos colores, las blancas camisas de los aldeanos y los variados aunque sencillos trages de las muchachas contrastando con el fondo verde de la

(1) Pitos.

pradera daban singular aspecto á la funcion favorita de nuestros honrados campesinos.

Y después, al declinar de la tarde, con el buen humor grabado en el rostro y la tranquilidad en el espiritu, como quien acaba de terminar licita diversion, emprendían la vuelta al hogar en alegres bandadas, mezclados los sexos, anunciados por el clásico *irrintzi* en señal de regeso, y dejaban la ermita solitaria y el campo desierto y á la luna denunciando los restos de la fraternal romeria, qué corazon no esclamaba en aras de su entusiasmo ¡Bendita tu, hermosa Euskal-Erria!

Tales eran hasta hace muy pocos años las buenas costumbres de la tierra vasca y por consiguiante las romerias del lugar donde se alzaba en el centro de Guipuzcoa la ermita de que hacemos mencion. Y decimos alzada porque en el dia los restos de sus pequeñas y ennegrecidas paredes cubiertas de hiedra acusan al cañon demoledor del siglo diez y nueve.

En menos de sesenta años dos crueles guerras han asolado nuestro suelo dejando tantos y tantos edificios derruidos que no habrá villa, villorri, ni ante-iglesia que no posea su ejemplar de pintorescas ruinas.

Cayó la legendaria ermita, cuál mas tarde habían de caer nuestras veneradas instituciones, y lo que es mas lamentable aún las patriarcales costumbres van cambiando y desfigurándose, nó con la introduccion de los adelantos modernos, como se pretende, sinó con la intrusion de gentes extrañas que de algun tiempo á esta parte van poco á poco invadiendo esta tierra antes privilegiada.

Qué valen las romerias de hoy, es decir, esos paseos en ferrocarril, tranvía y coches que hacen perder su sabor clásico á estas tradicionales fiestas? Hasta las rosquillas parece que saben á progreso, esto es, á falsificacion.

Ahora como entonces se canta y se baila, pero no son *zortzicos* ni *aurrecus* los que privan.

El género flamenco va obteniendo carta de naturaleza y son coplas de estilo francés las que se entonan y walses y polkas las preferidas.

Desaparecieron el chacolí y la sidra para ser sustituidos con la cerveza y los licores, y nuestros prosáicos pero sanos alimentos con la indigesta *charcuterie* francesa.

(1) Grito agudo y prolongado peculiar del país.

Ya no están las boinas en mayoría, ya no no es el tamboril el preferido en la fiesta, cualquier murga ejecuta aires extraños y se vé al chulo con su guitarra y quizás á la *flamenca* con el pañolon del rastro.

En fin, perdónenos el lector estas digresiones, y contemos la tradicion que encierran las demolidas paredes de la ermita de la vid.

Los caseros de las inmediaciones van conservando la leyenda de generacion en generacion y aún cuando no se precisa la época, olvidada ya de tanto trasmitirla, se sabe que ha sido grande el número de años trascurridos por el tiempo que hace que anda de boca en boca la interesante narracion.

Dos vasco-franceses, de profesion mercaderes y sócios, pasaban en calurosa tarde de verano con su recua de mulas cargadas de objetos de comercio, por la carretera, en aquel tiempo mal camino, de Goyaz á Tolosa, en cuyo mercado pensaban obtener pingües ganancias.

Venian de Santander y llevaban varios dias de caminar sin descanso.

Llegados mas acá de Albistur y casi á la vista de la antigua capital foral, enfrente de la alturita donde en el dia yacen los restos de la ermita de la vid, dijo Pedro á su compañero:

—Miguel, te parece que descansemos un rato? Estamos rendidos y muy súcios y no vendrá mal que antes de entrar en Tolosa hagamos aquí alto para acicalarnos un poco.

—Muy bien pensado; dejemos pastar á las mulas y mientras nosotros nos lavaremos en ese arroyo inmediato.

En aquella época se conoce que serian un gran lujo las barberías cuando la gente se descañonaba en las puertas de las casas ó en el campo y los viajeros hasta en los caminos, y de ahí el dicho vulgar de *afeitarse al sol*.

Así que una vez terminadas las abluciones, Pedro sacó del bolsillo la consabida navaja, acompañada de la inseparable nuez, y propuso á su sócio el rasuramiento mútuo.

Sentóse Miguel en el hoyo de ancha piedra, y el proponente dió comienzo á su tarea. Mas el diablo que siempre anda á caza de almas cristianas, teniendo noticia de la sórdida avaricia de Pedro, soplóle al oido la mas atrevida de las tentaciones. «*Si matas á tu compañero no habrá quien te acuse; estais en completa soledad, y serás dueño de toda la mercancia y de su crecido importe.*»

—Sabes Miguel que me ocurre que si quisiese de un tajo acababa con tu vida y podría hacerme dueño de la parte que te corresponde en nuestro comercio?

—No harás eso Pedro; el Señor tarde ó temprano te castigaría y mi muerte te serviría de horrible pesadilla.

—Me amenazas?

—Te aconsejo solamente.

—Pues ahora verás si soy capaz, y aquella fiera de un golpe cortó el cuello de su infeliz amigo. A cuestas con el cadáver sube á la empinada cumbre y abriendo una fosa lo entierra y hace una señal para mas tarde reconocerla.

El crimen permaneció largo tiempo ignorado, gracias á la circunstancia de ser aquel punto muy deshabitado y de poco tránsito, y como las pobres mulas, únicos testigos, no podían denunciar al criminal, era de temer que éste no fuese descubierto.

Pero la Providencia que no descansa cuando se trata de ejercer merecida justicia tenia dispuesto el castigo de tan cobarde asesino.

Habían trascurrido algunos años y Pedro enriquecido con sus negocios, cuya principal base le suministró el capital robado al desgraciado Miguel, vivía holgadamente en su pueblo natal. Mas su ambicion, aquella sed avarienta que hemos dicho le embargaba, obligóle nuevamente á dedicarse, aunque en mayor escala; á su antiguo comercio.

La casualidad ó la mano de la Providencia hicieron que en uno de sus viajes pasase por el sitio del crimen y no pudiese resistir á la tentacion de visitar la tumba de su víctima.

¡Oh prodigio! sobre ella crecía, cosa extraordinaria en aquel terreno, un soberbio racimo de hermosas uvas.

Indudablemente que Satanás me protege, se dijo el malvado. Uvas en Enero y en este sitio! Gracias, Miguel; este racimo en el tiempo en que estamos voy á venderlo muy caro; parece que te hice un beneficio al quitarte la vida cuando tanto me favoreces!

Lo arrancó y envolviéndolo cuidadosamente en su pañuelo corrió á Tolosa á ofrecérselo al Corregidor.

Mas al abrir el envoltorio para presentar las uvas, cae al suelo en lugar de estas ¡¡horror!! la ensangrentada cabeza de su degollado compañero.

Averiguado así el crimen se hizo cumplida justicia en la persona

de Pedro ahorcándole á los pocos dias y confiscándole los bienes que poseía en territorio español.

Una pequeña parte de ellos sirvió para erigir la ermita sobre la tumba de Miguel y bajo la advocacion de San Juan Bautista, pero el vulgo se empeñó en llamarla de la vid «*mastico eleizhoa*» en memoria del racimo que habia sido origen del descubrimiento del crimen.

Esta es la leyenda; hay quien asegura, sin embargo, que la ermita de la vid debía su nombre simplemente á hallarse rodeada de una frondosísima parra.

ALFREDO DE LAFFITTE.

Junio de 1882.

OBSERVACIONES ACERCA DEL VASCUENCE DE BETELU.

En la página 49, línea 7 de la balada Orreaga, publicada por el Sr. Campion acompañada de versiones á los dialectos vizcaino, labortano y suletino y de diez y ocho variedades dialectales de la Navarra española, leo en la variedad de Betelu: «*franzesak kantatzen ai dire*» (y nó *franzesek*), lo cual sucede en este dialecto por la sola razon de que la última *e* se halla precedida de otra *e*, que es una de las vocales que no tienen la propiedad de mudar la *a* que sigue en *e*. El que el verbo sea intransitivo no influye para nada en la terminacion *ak*, pues en *aurrek* (y nó *aurrek*) *dantzán dabiltzé* de la página 52, línea 5, el verbo es tambien intransitivo, pero la *u* es una de las vocales que exigen la permutation de *a* en *e* y por lo tanto obliga à que se diga *aurrek* (y no *aurrek*) en todos los casos, ya sean nominativo ó activo plural. En estos ejemplos, *franzesak* y *aurrek* son ambos nominativos, pero si fueran activos sucedería lo mismo, como se puede ver en *euskaldunek* (y nó *euskaldunak*) *zorrozten ditue* de la página 49, línea 9, y *otsoak* (y nó *otsoek*) *marro eiten due* de la página 51, línea primera. Se dice *otsoak* (y nó *otsoek*) porque *e* (en Betelu) no puede venir despues de *o* y *euskaldunek* (y nó *euskaldunak*) porque *a* (en Betelu) no puede venir despues de *u*. Hay, pues, dialectos en que *ak* y